LA NOVELA CORTA
FLORES DE PENITENCIA

Diego San Jose

# La novela TEATRAL

Consecuente esta Revista en ofrecer a sus lectores las obras más interesantes y de estreno más reciente, publicaremos el próximo día 19

# El Vizconde se divierte

graciosisimo juguete cómico en tres actos,

original de los señores

**E. García Alvarez y Fernando Luque**

**50 cénts.**

N.º 462
Año IX

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Madrid 11
Oct. 1924

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

# Flores de penitencia

NOVELA INEDITA

## Diego San José

Eran aquellos días de los calurosos de Julio.

El "bermejazo platero de las cumbres", como Don Francisco de Quevedo llamara al Sol, vomitaba sus incandescentes rayos sobre la mísera tierra, como si se hubiese tragado los infiernos y el Purgatorio juntos y tuviera indigestión de ellos.

La hora de la siesta iba por filo y así en el plácido monasterio todo era quietud y silencio.

Las santas madres reposaban en la penumbra velada de sus celdas, confiando al blando y dulce reposo la inquietud de sus vidas pasadas y el sosiego de las presentes.

En un rincon sombrío del claustro, que la luz solar no visitaba más que al nacer, tres pícaros monaguillos jugaban quedamente a la taba, mientras que el demandadero, un vejete gordo y colorado, soltaba estrepitosamente los vapores de su sueño.

A otra parte del claustro, casi al final, estaba el torno, en donde la Madre encargada dormitaba también mientras por entre las manos cruzadas sobre el vientre pasaba muy de tarde en tarde las cuentas de un "rosario" que de no saberse que era un instrumento devoto, pudiera tomarse por pesada carga de leña.

De cuando en cuando suspendía el sueño y el mascullar latines [illegible] aros para sumir una jarrica de Talavera en una tinajilla desportillada que había junto a sí y colocarla en el torno, llena de agua fresca y cristalina de donde tomábala de un sediento y viandante.

Algunas veces, (las más, dicho sea en elogio de las almas cristianas de buena fé), era devuelta la vasija con palabras humildes de agradecimiento, pero, otras, solo se oía la voz queda y rencorosa de la monja, que decía:

—¡Anda, bellaco, ladrón y así en la otra vida le engarcen los demonios con cascos de jarras y uñas de torneras...”

Y dando una rápida vuelta al torno, volvía al sueño y a la devoción, no sin antes haber tomado otra jarra de entre unas cuantas que ya tenía prevenidas.

Sonaban las cuatro en un cercano reloj, y aun no habíase perdido el éco de la postrera campanada, cuando el esquiloncillo del claustro, comenzaba a plañir como muchacho mal criado y voluntarioso, que todo lo pide con voces desagradables, y si ruega llora y si manda grita y siempre molesta.

La vida en la casa de Dios, que durante las horas estase en paz, comienza a rebullir y las buenas madres esposas suyas, con el paso quedo, las manos en cruz bajo las ampolusidades del hábito, y los ojos muy fijos en el suelo, encamináns al coro, en donde por espacio de un cuarto de hora turban la paz del templo con sus canturias gangosas.

Monaguillos demandaderos esfúmanse como trasgos a la primera campanada, no quedando más que la tornera en su rincón y las reverenciadas imágenes en las hornacinas.

Tiene este convento más donaire para los espiritus bullangueros que otros, por que en él las desposadas con Cristo son ya viudas o desechos de los hombres... y aun hay tal que guarda con mucho amor reliquias y resabios del siglo.

Luego de hecha la diaria salutación al “Esposo” tornaban las reverendas madres al dulce placer de no ocuparse en nada util, diseminándose por las celdas y los paseos del huerto.

Era este, una razonable extensión de terreno pegada al monasterio, donde una espléndida vegetación de árboles frutales y de jardín dábale aspecto paradisiaco. En el medio había una fuente que dicen que fué traída de una casa señorial. Era la figura escultórica que la presidía, algo profana para tan santo retiro.

Sería cosa instintiva o pura casualidad, pero era lo cierto, que muchas de las reverendas conyuges de Nuestro Señor Jesucristo al pasar junto a la fuente, llevánbanse las manos a los ojos y alzaban los ojos hacia los de la diosa gentil. Unas, sonreían con aire de satisfacción, y otras, retirábanse mustias y cabizbajas como presas de una triste desilusión al comparar la propia realidad con la fantasia del escultor...

Aquel mismo día, luego de que sus reverencias salieron de coro, la Madre Abadesa, que era muy gentil desperdicio del Mundo, anunció a la comunidad para aquella misma tarde, la visita de la Señora Doña Mayor Ramirez de Arellano, marquesa de Arnedo, nueva visitadora de la Orden, y recomendó, que por las muchas mercedes y dádivas que hacía a la casa, recibieranla con tanta complacencia y agasajo como a la misma reina, aunque con menos ceremonia, porque era mujer muy llana, que antes gustaba de las vulgaridades de la vida que de la etiqueta, fastidiosa y absurda, impropia de la humildad que Cristo quiere en su Casa.

—No habrán menester de más,—continuó recomendando la superiora,—que mostrarse con ella cuando llamare a algunas a su lado, tal y como fueron en el Mundo, que yo les fio que en esto no hay escándalo ni falta de amor al esposo, ya que todo se hace para mejor mantenerle en nuestros corazones. Asi en Dios y en el buen criterio de cada una, confío ¡hijas mías!, que por bien de todas y mayor gloria de nuestra santa madre María de Magdalena, que acaso no pecó tanto como nosotras, lo hagan como aconsejo. ¡Ave María Purisima!

—Sin pecado concebida,—ganguearon las demás, y como era hora de recreo, cada una o cada dos, fuéronse a su ordinario placer...

# AVE MARIA

# VISITA PRIMERA

De allí a poco espacio, que Febo fué adormilando sus candentes ojos, puso el pie en la sala capitular la alcurniada señora, que fué recibida con familiar y encantadora sencillez por las buenas monjitas.

Sirviéronle en el refectorio un rico chocolate, tarea de los Padres de la Merced, acompañado de exquisitos bollos, confeccionados por las mismas esesclavas de la hermosa pecadora que redimió el amor de Jesús.

Habló con unas y con otras y después, manifestó deseos de pasear por la huerta, prescindiendo de toda ceremonia y respeto y así lo llevó a cabo como fué su deseo.

Fijose en una profesa de las más garridas y llamándola hacia si, díjola amablemente:

—Diga, madre: ¿Querrá por amor de Dios hacer una nueva obra de misericordia, como es la de ayudar al que no puede, acompañándome hasta el primer banco del huerto? que este pie izquierdo tengo un descom[illegible] callo que no me deja vivir—¿Cómo si quiero?—respondió la monjita—¿Pues, para qué estamos aquí, si no es para servir a Dios y a vuecencia? Pero, espere, si es servido y haré que le traigan un sillón.

—No es menester, que con que su reverencia esté a mi lado, todo me parecerá blando. ¿Por ventura es profesa?.

—Hará un año, por San Mateo.

—Y ¿lo lleva con paciencia y resignación?

—Pues, ¿por qué se piensa vuestra señoría, que esté yo tan rolliza y lustrosa, aunque no me esté bien el decirlo, si no por pacienzuda?

—La paciencia, hermana, es el mejor pasaporte para pasar este valle de lágrimas, el único don, que habiendo fé no se acaba, si no es con la vida. Con paciencia y fé, se llega al Señor, no lo dude.

Fueron a bajar los primeros escalones que llevaban al huerto, y por la flaqueza de aquel pie hubo de tropezar Doña Mayor y aun tengo para mi que llegara a caer si por instinto de conservación no hubiérase asido al talle de su ebúrneo lazarillo.

Este, no dió tiempo a que su excelencia tocase con las rodillas en el suelo pués aflanzando la cadera le sirvió de recio punto de apoyo.

—¿Qué nunca he de mirar en donde piso?—exclamó la dama visitadora reconviniéndose a sí misma, y luego, mudando la voz con tono de muy sutil picardía, parándose en el penúltimo escalón que faltaba para entrar en la huerta:—¿Lleva cilicio, madre?.

—Para qué más cilicio, señora—hubo de responder la tal—, que las pesadumbres y dolores de esta vida? El espíritu es lo que ha de mortificarse con la constante recordación de lo que amó y aborreció en el siglo, que el castigo e incomodidad del cuerpo, para muy poco aprovecha.

—Pienso, que la venerable sor María de Agreda no respondiera a mi pregunta con tanta y ejemplar sabiduría.¿Como se llama madre? ¡Dios la bendiga!

—Por la mucha devoción que tuve a Nuestra Señora del Consuelo me llaman sor María de la Consolación; cuando rodaba por las pendientes del Mundo, deciánme "La Primorosa".

—Donoso nombre, que a lo que bien puede entenderse es panegírico de la persona. Aquí será bien que nos sentemos.

Hiciéronlo así en el primer banco que hallaron a mano que tenía por dosel las pomposas hojas de un hermoso nogal. Así como estuvieron acomodadas continuó la marquesa:

—Yo quisiera rogarla, que si no hizo voto de callarlo por todos los días de su vida y plegue Dios que doblen a los mios, que ya son hartos, dijérame algo de su pasado que soy de natural curiosa y sin que me tiente el más pequeño

resabio de malicia, soy amiga de huronear en las vidas ajenas, cuando en ellas hay pasiones y amarguras, que son la verdadera máquina del vivir.

—Como voto, no hice alguno más que el no tornar al Mundo; en cuanto a contar lo que fuí, antes téngolo como penitencia de mis culpas y pues que vuecelencia lo desea allá van unas hojas de mi pasada vida, en las que verá como en otra cualquiera, risas y lágrimas, flores y abrojos, venturas y desdichas, que pienso que todas las vidas son como los ríos; solo han diferencia en las riberas, en el cauce todos son agua que corre...

—Por la Pasión del Señor, madre, que es tan discreta, que pienso que más vale para regir la comunidad que para ser una oveja más en místico rebaño...

—Pues, atienda vuecelencia, que vá de cuento, aunque a la verdad, mejor acertara con decir, de historia...

## DONDE SOR MARIA DE LA CONSOLACION CUENTA LA PASION Y MUERTE DE CARMITA, "LA PRIMOROSA"

Rubia soy como el Sol por el Agosto, y mi cuerpo no parece por lo terso y blanco, sino que fué amasado con hojas de rosa y copos de nieve... Esta fué mi perdición, pués yo misma hallaba recreo en contemplarle y lo más del día siendo verano, pasábalo en el natural traje con que hice jornada a la Vida. Ya había visto quince veces florecer la Primavera y pasáronse dos desde que Natura sirviérase de extenderme pasaporte de hembra en cédula carn para que pudiera ejercer como tal cuando quisiere.

Con tales privilegios físicos tenía hartos devotos de mi bizarría, que me paseaban la calle y hacíanme escolta cuando salía de casa, con la dueña, pues mi madre, siempre me dejó a mi libre albedrío, porque yo la dejase a ella campar anchamente, que dábase gentilmente maña para andar por lonjas y covachuelas, donde siempre "sacaba ánima de pena", pues todos los mercaderes y escribanos tenían qué hacer con ella...

Cierta vez, por no sé que negocio de unas joyuelas hurtadas, hubo de entrar en conversaciones con un mulato al servicio del infante don Juan, y con tan felice motivo habíamos mulatico en casa a todas horas.

De allí a nueve meses mi madre acostóse una noche sola y amaneció con un angelico de bronce. Yo, corrime tanto de esta bellaquería, que determiné marcharme de casa, por que las gentes no me señalaran tal parentesco, que harto a pesar mío y sin pedirme licencia, se me había entrado por las puertas.

Esperé a que Dios amaneciese al otro día, y cuando la primera luz matinal entrábase por las ventanas de mi aposento ya estaba yo vestida y pretextando ir a cumplir con la Iglesia, salíme a la calle y eché a andar por la Villa.

Al pasar por la Victoria, famoso y cortesano templo, diéronme ganas de entrar por ver si topaba con quien me ofreciera la mitad del regalo que en mi casa hube de dejar por escrúpulo de estética; que si mi madre pariese, aunque fuese a escote, diez muchachos de pelo y ojos como tizones, pero blancos de cuerpo y rostro, jamás apartárame de su lado.

Emboqué como digo en la "Victoria", con más anhelos de hallar lo que buscaba que de devoción y acomodéme junto a la famosa capilla de la Soledad.

Cabe el ruego en que hallé lugar estaba arrodillada con muestras de mucha piedad, una mujer ya entrada en años, la cual decía sus oraciones en un constante silbido, entiendo yo que más que por verdadera devoción, porque quienes estaban cerca, la tuviesen por cristiana vieja, y en esto sí que hicieran bien, porque si tal no vió la entrada de Cristo en Jerusalén, debió ser porque jamás ella anduvo por aquellas tierras lejanas.

Entre rezo y rezo dió en mirarme de soslayo, con muy notable insistencia y a dos veces que me lanzó los ojos ya penséme que estaba en el camino de la

nueva vida. Aparenté, sin embargo, indiferencia y amor de Dios, y comencé una oración al justo juez con mucho alzar los ojos y besar el suelo.

Poco a poco, fuéseme llegando la buena madre y cuando estuvo tan junto a mí, que no podía moverme sin tropezarla, díjome mil cosas en elogio de mi garbo y de la ejemplar devoción que mostraba.

Con mucha humildad respondíla yo, y de unas en otras palabras, olvidando por entero el respeto que debíamos al altar, vine en decirle que era una doncella pobre, sin amparo, que buscaba manera de vivir con honestidad, que mirase si ella tenía conocimiento con alguna dama piadosa que hubiese menester de mis servicios, y si por dicha la hallaba me hiciese esta merced, que sería tanto como apartar un alma del pecado, pues, en la situación que me veía no era difícil que el diablo me tendiese sus garras.

Ella comenzó a lamentarse, y aun entiendo que dejó correr alguna lagrimica, y terminó diciéndome:

—¡Qué cosa hace Dios para probar la templanza y fortaleza de las almas! Conociéraos habrá tres días y os hubiera proporcionado el mejor acomodo de la Corte con la viuda de cierto canciller de Barcelona, que estuvo acá por unos pleitos en que la dejó envuelta su difunto; pero, agora, nada puedo ofreceros. Lo que sobre esto se podrá remediar por el momento, porque me parecéis buena y os he cobrado afición, que tenéis no sé qué dejos de una nietecilla mía que se me fué de este mundo por una pertinaz opilación, es que os vengais a mi casa, si no tenéis dónde cobijaros. Aceptad sin escrúpulo ni recelo, que mejor hallaréis en él el acomodo que buscais, pues nunca faltan alcurniadas doncellas que me hacen encargos de doncellas. En finando esta misa iremos allá.

Al fin el oficiante, que era un viejecillo calmoso, llegó al "item misa est" con tanta lentitud, que creo que por él se hubo de componer aquel epigrama que dijo:

...“no sólo a Dios consumió,
sino también a la gente...”

Apenas finada la misa salimos del templo mi "protectora" y yo, y cruzando calles y plazas, dió conmigo en cierto zaquizamí de la calle de Cantarranas.

Ella misma me ayudó a despojarme del manto, y viéndome cuán gentil estaba, no hartábase de bendecir a Dios que había hecho tan gentil figura, ni de besuquearme el rostro, cosa que dábame temor de que me le marchitase con sus babas.

Llegóse a una ventana que caía sobre un patinillo y mandó a una moza que llevase recado "a su pariente don Gonzalo de que no se retrasase en venir al medio día, porque tenían huésped, y a este tiempo advertí que guiñaba un ojo.

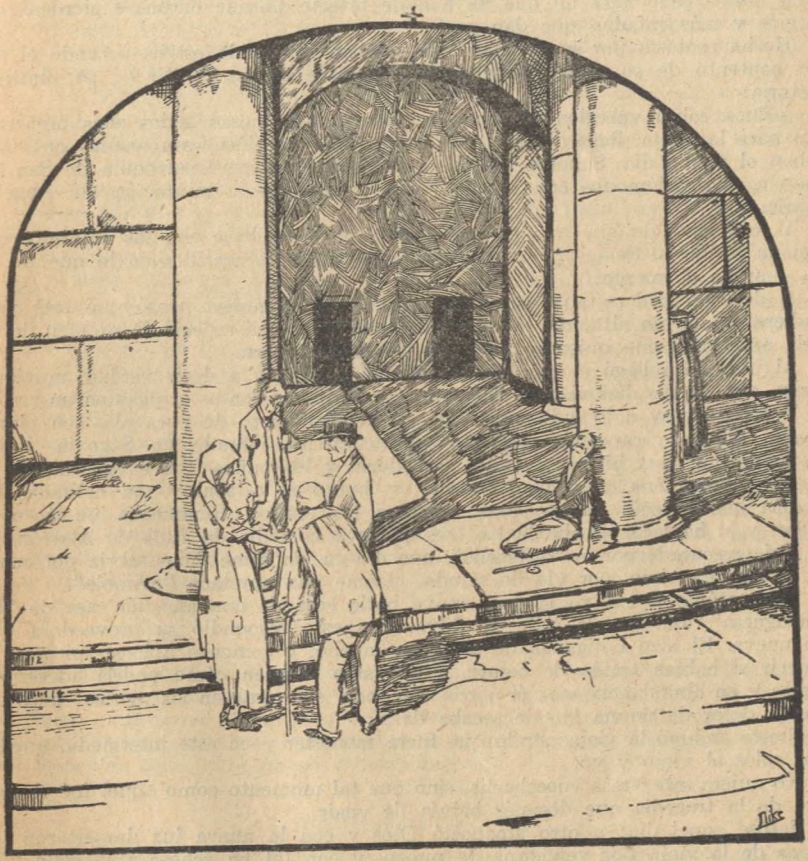
De que volvió junto a mí me dijo cómo había poco que este tal don Gonzalo a quien mandara buscar era un acaudalado hidalgo de Medina del Campo, medio pariente suyo, que solía comer con ella por hacerla compañía.

Pintóme su mucha liberalidad y cortesanía con las mujeres y me dijo que si en realidad no era muy mozo, tampoco era muy viejo.

Me aconsejó que si daba en requebrarme no me hiciese la esquiva, sino que envidase si él decía "quiero"; porque era hombre que acostumbraba a pagar los caprichos con mucha largueza.

—Buena estais para un arzobispo, cuanto más para un hidalguillo provinciano—continuó diciendo, y comenzó a pal[illegible] el cuerpo sobre los vestidos. Cuando llegó a los alrededores del postigo de la vida, preguntóme quién era el dueño de aquella llave. Yo dije la verdad, que no lo tenía, aunque más de una vez habían [illegible]gado en la cerradura con ganas de entrar.

Si es así—dijo—, yo haré lo posible para que mi pariente os merque una de oro.



Y aquí, como si me hiciera examen de conciencia, comenzó a prepararme para la visita de don Gonzalo.

Hízome mudar por completo de ropa, y de la camisa a los zapatos no quedó cosa en mí de las que antes conmigo traía.

Esfumóme en puntillas de Cambray y encajes de Almagro, que más parecía espuma de jabón que carne de mujer... Aquí hizo una pausa sor María de la Consolación para preguntar a su oyente, que apenas respiraba para no perder palabra de cuantas la buena madre decía:

—Diga si le cansa mi charla y dejarémosla comenzada para otro día, que estas cosas tengo para mí que no han de fatigar, porque entonces pierden todo interés y más enfadan que dan gusto.

Hecha protesta por su excelencia de que en escucharla estaba parando el mejor contento de su vida, prosiguió la venerable esposa de Cristo su picaresca historia:

—Pues, sabrá vuecelencia cómo en estas y otras cosas, todas ellas preparativos para la visita, llegaron con toda solemnidad las doce campanadas que marcaban el medio día. Sonaron lentas y graves en la vecina parroquia de San Sebastián. Arrodillámonos con mucho fervor y rezamos la salutación del Angel a María.

Y, con esto, dejóme sola en meditación, como se hace con los enfermos que han de recibir al Señor, porque piensen con todos los sentidos en lo que les va a . . ar en el cuerpo.

A decir verdad, estaba algo trastornada, porque nunca pensé que este paso pudiera ser de tan alta trascendencia, y di en hacer una especie de examen de mi vida anterior, como quien se halla en trance de muerte.

Al poco rato llegó el tan ansiado deudo, y, si voy a decir verdad, movióme a risa, que en mis días vi más plata en unas barbas ni tantas arrugas en un rostro.

Tocábase muy a lo excelencia, pues traía chambergo de poca ala, con pluma rizada, flamante capotillo de paño veinticuatreno, labrado en Segovia, jubón de lo mismo, muy blanca y pulida la valona, y los puños, con su guarnición de encajes almagreños, muy bien cortado, y hueco el calzón, y tan estiradas las medias que parecía que se iban a soltar los puntos. Renqueaba un poco al andar, y si hablaba silbábanle las eses, como a comedia de Ruiz de Alarcón.

Fuí presentada por la "huéspeda", que dió en alabarme, Dios sabría por cuánto, y el buen viejo, por vía de saludo, hízome una apretada "mamola".

Preguntóme si era yo la que estuve haría cosa de una año, en casa de "La Portuguesa", allá por la calle de Silva, y a esto respondió su proveedora que era nueva. El hizo bojiganga de alegrarse mucho, y comenzó a hacer piruetas y a decir si habían traído de comer, y que sino mirasen cómo podría aderezarse presto y en abundancia, que él corría con todo, sino era con las piernas, pues tenía un dolor de reuma que le sacaba de sí.

Presto anduvo la vieja por lo que fuera menester y en este intermedio quedamos solos el viejo y yo.

No quiera saber más vuecelencia, sino que tal momento como aquel fué el prólogo de la tragedia que después habría de venir...

Pasóse aquel día; a otro amaneció Dios y con la nueva luz despertaron las ansias de la vieja por venderme de nuevo, y con tal fin echóse a la calle. Yo, como no había tenido amor ni bueno ni malo, pues el condenado del viejo no hizo más de golosmer, sin llegar a hincar el diente, dábame igual uno que otro, con tal de que me apagase la sed con que el día anterior quedara.

De allí a poco tornó con un hombretón fornido y grande, como de cuarenta a cuarenta y cinco años, con unos bigotes más empinados que garfios de carnicero, y a él me echó como carne fresca, mintiéndole que enamorada desde que cierta mañana le viese en las "Gradas", no comía ni dormía pensando en él.

A la hora de los dares, que se presentó la vieja como en las iglesias hacen las

que cobran las sillas, púsose hecho una furia y comenzó a gritar, diciendo cómo era mucho favor el que él hubiese [illegible]estido conmigo, y que se le hacía ofensa en pedirle dineros, que si no mirase que éramos mujeres solas, ya él sabía lo que hiciera. Mondóse el garguero con cuatro toses a lo bravonel,

"caló el chapeo, requirió la espada,
"miró al soslayo, fuese y no dió nada..."

Quedó la vieja como muerta y yo como harta...

Desde aquel día pregonóme de mil maneras: como doncella, por hacer pagar la fruta nueva; como casada, por hacerme manjar prohibido y, como viuda, por darme como iniciada en todos los secretos del matrimonio.

En este tiempo aficionéme a un rufiancillo que vivía a costa nuestra, y en ello estuvo mi desdicha, que con el alma y el cuerpo entreguéle a un mismo tiempo la salud y las ganancias. Dábame cada día un disgusto y una sarta de pr[illegible] si hacíale sisa al darle la cuenta.

Un anochecer, terrible fecha, que nunca olvidaré (pues fué aquella misma que en Platerías quitaron la vida al galán conde de Villamediana), apretó tan recia-mente el palo que me quebró la pierna derecha.

No me determiné a echarle en las garras de la justicia, y yo sola con ayuda de una famosa curandera, aderecéme la estropeada como Dios me dió a entender. Pero ello fué de tan mala guisa, que ya no volví a valerme como antes, pues de resultas salióme un tumor maligno y no había quien conmigo embistiese, entendiendo que eran bul[illegible]. Echáronme de la casa, porque decían, que más era cruz para los diablos que venían a pecar, que cebo para los anzuelos.

Tampoco tornó mi truhán, y así, viéndome desamparada y llena de alifafes, determiné de acogerme a la Iglesia, y buscando el arrimo de cierta alcurniada dama que andaba haciendo leva para los rediles de Jesucristo, como si fuese para las tropas del rey, entréme en esta santa casa, donde, con la ayuda de Dios, pienso finar mis días, llorando de vez en vez por aquel sinvergüenza, desfacedor de mi sosiego y colofón de mi placentero menester, y otras, dando gracias al Señor, porque me trajo al escombro de tan buenas compañeras, que más de cuatro de las que está mirando vueseñoría corrieron en el siglo sus aventuras por los mismos campos que yo.

* * *

A este tiempo, que ya el rubicundo Febo habíase escondido tras de los altos tapiales del huerto conventual, volvió a plañir el esquiloncillo y toda la comunidad fuese congregando en el coro. La marquesa y sor María salieron por entre todas, que antes de entrar a comunicarse con el divino esposo hiciéronla tan cariñosa despedida como hubo de ser el recibimiento.

¡REMEMBER!...

Y esta entrevista que trajo revuelta la recordación de una vida pícara, tuvo un sabroso comentario en la sobremesa de aquella noche, cuando sor María de la Consolación contó, al ser preguntada cuánto había hablado con la marquesa de Arnedo.

Fué motivo para recordar gratos capítulos del tiempo pasado, que ponían un punto de grata nostalgia en aquellas desterradas del placer.

¡Carne pecadora que se curaba y consumía al calor de los cirios y al humo del incienso!

—Ya que la ocasión viene como rodada—dijo la abadesa—, en lugar de leer la vida del santo del día, que no puede ofrecernos ninguna ejemplaridad, por ser la de aquella Aldegunda que, para más mortificarse así faltaba a la moral

con leprosos y bestias como a la limpieza, no lavándose en todos los días de su vida, aunque le lloviesen encima todas las cataratas del cielo, quiero traer a colación un caso doliente y lleno de picardía, con su moraleja por cabo, acontecida en la última nave que me trajo a las playas de Cristo, nuestro esposo.

Y empezó, teniendo acaparada en sus labios la atención de todas sus hijas de penitencia.

## DONDE LA MADRE ABADESA CUENTA LA SENTIDA HISTORIA DE JUSEPA, "LA TARIFEÑA"

Rubia era como un doblón y blanca como camisa de novia sin estrenar; lindo el garbo por todo extremo, que si la luz de sus ojos morunos era para condenar a un bienaventurado, la esplendidez de su seno podía ser causa de trasladar toda la corte celestial a los profundos infiernos... ¡El Señor nos libre y tenga de hora menguada!...

Y, como gustaba la muy picaronaza de acariciarse las redondas ánforas de su carne majestuosa y decir a los golosos mirones que por no tener dineros estábales vedado el aplacar en ellas la sed de su lujuria:

—¿Verdad, hermano, que parecen cúpulas de catedrales? Vamos, no se haga el vergonzoso, que bien se yo que si de niño las hallara para alimentarse de ellas, por niño se tuviera toda su vida, y estuviera mejor criado... Llegúese y toque, que el tocar nada cuesta.

Y reía como una loca.

Las dueñas, mirábama como la mejor joya de la casa, y los huéspedes solían andar a cintarazos unos con otros por abrazarse con ella...

Decían todos que jamás trataron cosa que se le pareciese. Su alegría animaba y su lindeza hacía milagros con los mas duros y viejos. Locos y oidores que no eran hombres mas que para servir a Dios, fueron con ella y cumplieron como muchachos de la última hornada.

Jamás de los labios de tan gentil hembra oimos salir una pesadumbre, ni en sus hermosos ojos vimos huella de lágrimas. Si algún ¡ay! tenía, allá por los desvanes del ánima, ponía una copla en los labios y al primer verso salían el ¡ay! y el ánima, si fuera menester.

Fuera de su obligación bien podía tenérsela por un dechado de honestidad. Los días de guardar cumplía con la iglesia.

Si preguntábamosle cuál momento tuvo por el más dichoso de su vida, decía que aquel en que se jugó la doncellez en el quicio de una puerta, y siempre, al decir esto, entristecíase un tanto.

—Que pena—exclamaba—me da cuando veo que se va de este mundo una buena moza tal y como vino a él. A cuántas de estas pobretas que "in artículo mortis" les dan por vía de remedio aquello que con tantas ansias le pide su naturaleza, podría ponérseles con toda verdad sobre la losa funeraria, aquel jocoso epitafio:

"Aquí reposa Ana Estrella,
que veinte años fué doncella
y de hermoso parecer,
y en dejándolo de ser,
murió, segun se ha sabido,
de pena de haberlo sido.

Cierta noche hubo grande bureo en la casa.

Tomáronla por suya unos soldados que en aquel mismo día llegaron de la campaña de la Mamora, y quisieron festejar el arribo en aras de Venus. Cerraron las puertas, quedándose por dueños y señores del mercado, privando a la

"mercancía" de todo trato con el mundo exterior, hasta tanto que ellos no estuviesen hartos.

"La Tarifeña", que no le hizo ascos a lo que la gente profana da en llamar la "sangre de Nuestro Señor", alegróse bastante, pero al poco rato, quedó más lúgubre que capilla en noche de velorio, y no hubo manera, por más que se hizo, de retornarla a su habitual modo de ser.

Dejáronla al fin, como nave sin gobierno, tanto, que el cabo que la había alquilado para toda la noche, tuvo que concertarse con otra.

Ya era día con sol, cuando de allá de la calle, advirtió la pr[illegible] que subía como un hipo de sollozos ahogados, que dieron francamente en claro y sentido llanto. Llegóse a ver lo que pudiera ser ello, y en el quicio mismo del zaguán tropezó con el cuerpo tendido de "La Tarifeña", bañado en lágrimas el bien concertado rostro, que por lo abundantes, parecían salirle muy verdaderamente de los manantiales del corazón.

—¡Válgame Jesús Sacramentado!—exclamó a tiempo que asistíala para ponerse en pie—, pues tú lloras, sin duda que se acaba el mundo.

Enjugóla, y tomándola casi en brazos, la prestó ayuda para subir hasta su aposento. Allí, con amorosas palabras, llenas de mimo, más propias de una buena madre que de una corredora del gusto, sacóle, palabra por palabra, los achaques y duelos que en tales ahoguillos la ponían.

Y así hablaron ama y moza:

—No crea, madre, que estas lágrimas que me anublan estos ojos, ni los suspiros que el corazón me ponen en tanta agonía, son los malditos vapores de lo que anoche no supe beber.

—¿ Pues qué hacías abajo en tales horas?

—No hacía sino rezar sobre mi cruz negra.

—Como no hables en romance, liso y llano ¡niña mía! no entenderé palabra.

—Sabrá, madre, que por donde yo soy, y entiendo que en las demás partes de España, es costumbre el poner en donde alguien perdió la vida, una cruz, ante la cual todo caminante tiene el piadoso deber de rezar un "padrenuestro" y dejar una piedrecita como sufragio por el ánima del que allí muriera. A estas tales cruces, las dicen negras. Pues, sepa que yo también tengo la mía en el lugar en que acaba de encontrarme. Ese escalón de la calle que da entrada a la casa, no es otra cosa para mí que el calvario de mi primero y único amor.

No habrá dos meses aún, que junto a la dicha piedra pasaba yo con aquel traidor, cuando dándome un empujoncillo metióme en el zaguán y luego en la casa, por vos sabréis cuánto, en donde hizo conmigo cuanto le vino en gana, que no hubo de ser poco. Así, todos los amaneceres, cuando estoy libre de huéspedes y todo duerme en la manfla, sálgome quedamente al zaguán y en él rezo con toda la devoción de mi pena por aquel malogrado querer. Cada lágrima que se me cae de los ojos, es la ofrenda de un querido recuerdo... Pues que hoy tuve la desdicha de que su merced diese conmigo, déjeme y no diga palabra a nadie, que llore con todas las veras de mi alma sobre mi cruz, y yo le prometo ser en las horas de mi oficio la más desvergonzada y alegre pécora de cuantas se huelgan en la Villa. ¿Quién de nosotras no tendrá su cruz negra? No se piense que sea yo sola la que tenga este triste privilegio. Todas madres, y también su merced, llevamos algo muerto en el corazón...

Y fué esta croniquilla de una excompañera como una mano misteriosa que corrió los velos de muchas cruces...

## VISITA SEGUNDA

Muy conforme parece que hubo de quedar la alcurniada visitadora, marquesa de Arnedo, pues que a la siguiente envió aviso a la santa casa de María Mag-

ESPLANDIU
XXIV

dalena de que pasaría la tarde del miércoles en la grata compañía de tan ejemplares esposas del Señor.

Tornó la priora a recomendar a sus hijas de penitencia la misma cortesanía que la primera vez, haciendo cuanto estuviese de su parte, como hizo sor María de la Consolación, por hacer agradable la visita a su excelencia.

Llegó al fin, a punto de las cuatro, sin más compañía que la de una dueña, siendo agasajada con los mismos honores y finezas que la vez pasada. A la hora de bajar al jardín, tomó por compañera a una gallarda madre que tenía más de azucena en flor que de lirio sin aroma.

Como la tal sabía la manía de su excelencia, no le tomó de sorpresa el ruego de hacer breve crónica de su vida y milagros, hasta el punto y hora de dar en la clausura bajo el maternal amparo de la santa pecadora.

## DONDE SOR MARIA MAGDALENA CUENTA EL LASTIMOSO TRASPIES, EN QUE DONA LUCIA DE MENDOZA HUBO DE QUEDAR LISIADA PARA EL MUNDO, Y SANA PARA EL CORAZON DE JESUS

—Dejemos aparte, señora, los floridos años de mi niñez, que no fueron sino hoja y hiedra de la flor que habría de abrirse después en la primavera del vivir, y entrándonos de lleno por esta estación adelante, sepa vuecelencia cómo hice mi entrada en el mundo, por alcurnia y rango de mis tutores, de la mano de personas de muy alta calidad, porque, diz que al venir a la vida, me envolvieron en pañales harto humildes, pues, a lo que parece, mis padres eran gente de la servidumbre de una noble familia castellana. Mi padre ejercía en la casa el menester de cochero, y mi madre, antes de dar en la argolla del matrimonio, fué doncella de la señora.

Viví con ellos hasta los dos años, pues al cumplir esta edad, no sé qué diablo del infierno tendríala tomada con el autor de mis días que, guiando éste el coche en que iba el mayorazgo desde Salamanca a Béjar, donde por el entonces era la feria, encaminóle hacia un despeñadero y allá se dejaron las vidas mayorazgo, cocheros y mulas...

Mi pobre madre, que había años que estaba achacosa de resultas de un cruelísimo mal de piedra, agravóse en forma tan apretada, que de allí a pocos días fué a reunir con mi desventurado progenitor. Dios Nuestro Señor y su Madre Santísima tenganles perpetuamente en su Gloria, que según noticias llegadas hasta mí, no pienso que por allá arriba haya bienaventurados con más ejecutoria de santidad.

Compadeciéronse los señores duques de mi desamparada orfandad y me dotaron por deuda suya.

Con ellos pasé los mejores años de mi vida, que fueron los sucedidos a las desdichadas muertes de mis padres.

Como a propia hija me cuidaron y asistieron, que aun no consentían que los criados me tratasen como a igual, siendo, como era, de su misma levadura, sino que habían de hacerlo con todo respeto y cortesanía, como a señorita de la casa.

Todo fuera bien, y yo encontrárame a la hora de ésta consorte de algún rico mayorazgo, si el mismo diablo que arrancó la vida a mi padre no me pusiera frente a un paje de bolsa de mi señor y dueño, bello y rubio como un doblón, temiendo por zaga de su bizarría la traidora condición del cocodrilo, que la de pedir con lágrimas y pagar con agravios. Enamoréscóme el mozo tan a lo vivo, que yo no veía si no era por sus ojos, y con él soñaba, ya que con él no dormía por el entonces, que esto llegó más tarde y por sus pasos mal contados.

Galanas cosas supo decirme y aun rimarme, que entendíasele de versos y haciales muy galanos, y si él daba en recitarles eran miel sobre hojuelas, como dicen en tierra de Segovia.

Porque vueseñoría vea por sí cómo era discretísimo poeta y no lo achaque

a pasión mía, quiero decirle el romance que fué como golpe de gracia para traerme a esta sosegada vida del amor contemplativo.

Fueron compuestos al acaso de que topándome un atardecer sola en la huerta besóme a traición en el cuello, y yo, por disimular, no teniendo otra cosa a mano que arrojarle, le arrojé los chapines.

"¿Acuérdaste, mi Belisa,
de aquella tarde serena
del agosto, en que solica
paseabas por la huerta,
y con sigilosos pasos
entré yo sin que me vieras
y, cubriéndote los ojos,
te besé tras de la oreja?
Mucho hubiste de asustarte,
que yo, porque en sí volvieras,
(que estabas como pasmada),
fué preciso que te abriera
a puros besos los ojos,
(lindos ojos de sirena),
y entre mis labios ahogara
tus mimosillas pretestas.
Pero, muy bien te vengaste,
que, vuelta del susto apenas,
tus manitas de marfil
tomaron trazas de penca.
No sé qué ocurrió después,
mas fué cosa de vergüenza,
que, por no mirarlo, Febo
dejó el jardín en tinieblas...
Si estas danzas traen por cabo
el besarte tras la oreja,
Belisa, ¡por amor mío,
baja mañana a la huerta!..."

Y bajó, señora, que éste fué el cantillo en donde tropecé para caer.

Dios se lo perdone al diablo de Lopillo, que así se llamaba, no por lo que e consintió, sino por la bellaquería impropia de cristiano que hubo de hacerme.

Tratóme primero, como dice en el romance, y luego que de alborotadamente me tuvo por tan suya que el negarlo fuera negar la luz a las doce de un día de Agosto, asomó otro paje por entre unas ramas frondosas que había junto al altar de mi sacrificio, y exclamó con mucha socarronería:

—Pido mi parte, y si no me la dan, ¡voto a Gibraltar!, que dé un cuarto al pregonero...

Y yo, porque callase, luego de oído el consejo del otro bellaco, que dijo ser esto lo más prudente, accedí. Aun como quien dice no habíamos llegado a los "kries", cuando asomó la cabeza el maestresala y comenzó a jurar por Cristo, que habrían de oirle los sordos, porque era grande infamia e inconcebible desvergüenza que tal se hiciera en tan noble mansión.

A estas quejas tapóle la boca mi caballero diciendo:

—Calle y no haga más el bobo, que nuestra señora doña Lucía es por todo extremo liberal y agradecida, y por premiar el discreto silencio que en la presente ocasión es menester, ella sabrá dar más de lo que la pidan cortésmente.

Y dejando el puesto que tan placenteramente había ocupado, llegóse el otro a hacer guarda en la misma garita.

Yo, que tal vi, no pensé sino que todos los pajes de la Villa, que no de la casa,

iban a caer sobre mi desventurado cuerpo. Y como todos aquellos me / estían con ansias, y no por necesidad, sino por vicio, causábanme más daño que provecho, con lo que me tomó un desmayo tan intenso que pensé que el final de mis cortos días era llegado.

Luego de que se hartaron muy bien, dejáronme sola.

Cuando volví a la razón era noche cerrada, y dióme tanta vergüenza y pesar de que aquellos bellaconazos me viesen luego de haberme burlado (que fué darles licencia para que me afrentasen a solas y en público), que sin despedirme siquiera de quienes tanto bien hicieron por mí, y eran cultivadores y guardadores de mi pobre vida, salíme por un hueco de la tapia al campo, y me fuí a la ciudad, en donde me ajusté por moza de una posada.

Mi buen garbo y mi mocedad florida tenían a todos más para servirme que para que yo les sirviera, y así todas las noches era la reja de mi aposento florilegio de amoriadas coplas y tela de reñidas pendencias.

Los labradores más ricos de la ciudad y sus alrededores traíanme lindos presentes cada día, que yo tomaba por aquello de que en el recibir no hay engaño, pero sin responder a ninguno más que con estudiadas palabras, que dejaban entrever una incierta luz de posibilidad, y con esto, como veían que era durilla de pelar, acrecentaban tanto las dádivas que bien pudiera hacer comercio con ellas.

Aun el hijo del Corregidor andaba tras mí que no parecía persona con seso, y todo lo componía con favorecer los hurtos y abusos que el huésped, mi amo, hacía con la parroquia, como si en esto me fuese a mí alguna ganancia.

Octubre, que se acercaba a más andar, y los estudiantes que caminaban a sus aulas (las más cercanas teníanlas en Salamanca), comenzaron a invadir la ciudad, que hervía en simiente de licenciados y doctores, y en ricos pañeros de Segovia y Béjar.

Uno de los días quiso mi suerte, o más bien, mi desventura, que embocase en mi posada uno tan pulido y galán, que al punto me quebró los ojos, y tuviérame por azafata de su gusto si el tal fuese servido, pero, el tal, o no lo advertía o lo disimulaba muy bien, sin duda que por aquello de que la fruta deseada es la más apetecida; por este aparente desdén, dió en agradarme más.

Yo le iba a la zaga, y en tal manera roía los zancajos, que fuera necio o peor, para empresas de amor, si no se diera por enterado. Así fué, que un día llamóme a solas en su aposento, con lo que esponjóseme el gusto, y me encasquetó estas razones, que así las esperaba yo, con dármelas de muy avisada, como por los cerros de Ubeda:

—Veo, hermosa niña, que al garbo del cuerpo y bizarría del rostro, añades el ser determinada en más de lo que a tu recato conviene, y si yo fuese quien tú imaginas y no quien soy en realidad, a fe que ya ha largo espacio que hubiese dicho "quiero" a tus envidos; pero, por mi mala fortuna, no soy más de una pobre y desvalida mujer, que va en busca de un amor perdido... Y esto te lo manifiesto para sacarte del error en que estás, como para que me hagas la merced de auxiliarme (que bien puedes y no te pesará) en el empeño que traigo...

Confusa y corrida quedéme con este desengaño, que no pienso que tal haya sufrido una mujer; tanto, que apenas si presté oídos a lo que después hubo de hablarme, pues lo que me interesaba había tenido un fin tan inesperado.

Ello era, a lo poco que ahora se me acuerda, que por seguir a un barbilindo, que se le huyó dejándole en mal estado el corazón y la honra, salióse de su casa, que era una de las más antiguas e ilustres de Granada, y echó tras él, en faz de estudiante, hacia Salamanca, donde el aprovechado bachiller esperaba una licenciatura.

No sé qué ruegos me hizo por atraparle si llegaba a la posada, que yo entendí muy al revés, porque en topando con el mozo, el cual apareció al día siguiente, emboqué con él, y saliéndonos de la venta, dejamos a todos burlados, hasta que, llegando a un lugar que le dicen Peñaranda, llevóme al cura y le dijo

cómo yo era su mujer y habiéndole salido por extremo amable y voluntariosa, determinaba encerrarme en un convento de arrepentidas, y ello por no quitarme la vida, que mirase qué se había menester para dejarme al amparo de Cristo, y lo hiciese luego, que él dábale licencia para todo.

Creyóle el ministro del Señor, y por más protestas que hice no me sirvió de nada, pues el tal clérigo púsome en el duro aprieto de dar en la cárcel por adúltera o en el monasterio por conversa.

Yo, que era una simple y no tenía los ojos abiertos sino era para mi daño y vergüenza, di en creerle, y él mismo trájome aquí, de donde entonces era capellán, no sin que antes mirara por sí mismo si parecía tan amable y cariñosa como decía el bellacón de mi "marido".

Y ésta, señora mía, es la desventurada historia de una simple, más que de una pecadora, que, por no tener voluntad ni malicia de las cosas, vióse reducida a tantas lacerías, y aún no ha parado, que todavía da vueltas el mundo...

* * *

Comenzó en esto a nublarse el cielo y a encapotarse, amenazando agua, y a poco escupió unas gotas tan preñadas, que no hubo otro remedio que abandonar la huerta a toda prisa.

No consintieron las santas madres que la señora visitadora saliese con aquel aguacero que se prevenía, y así dispusiéronse a darle compañía y conversación amena hasta que escampase.

## DONDE SE REFIERE EL ULTIMO MILAGRO DE MARIA MAGDALENA PARA LIBRAR A UNA IMPERFECTA CASADA DE LA VENGANZA DE SU OFENDIDO ESPOSO

—Si vueseñoría da licencia—dijo la priora—, para alternar lo profano con lo divino, quiero referirle, porque vea la intercesión y divino poder de nuestra santa madre María de Magdala, un portentoso milagro que se dignó hacer, habrá un lustro, en este mismo monasterio, con una linda casada poco conforme con el marido que admitió en los altares, por palabras de presentes, como manda nuestra Santa Madre Iglesia.

—¿La de doña Sol?...—preguntaron casi todas las profesas a un mismo tiempo.

—El mismo—respondió la reverenda madre, y en seguida comenzó su relación de esta manera:

—Pues, sabrá vueseñoría cómo hacia la Puerta de Fuencarral habitaba un matrimonio forastero que se vino a la Corte al olor de no sé qué pretensión.

Ella era joven y linda por todo extremo; parece que desde muy moza había sido metida en la cárcel del matrimonio, o, mejor dicho, metióse ella de por sí en un momento de despecho, con cierto galancete, al que quería más que a las niñas de sus ojos, y por un celillo traidor dió en castigarle de tan cruel suerte, que el castigo fué como escupir al cielo y poner el rostro.

El maridillo que escogió para su voluntaria penitencia era zafio y sin luces. Luego de que pasó el primer año de las bodas, fueron saliendo a flote las mañas del marido, que cada una era un saetazo que se hundía en el alma de la recién casada.

Meses enteros pasábase el señor amo fuera de su casa y para nada tenía en cuenta la sapientísima Epístola del señor San Pablo. La mujercita lloraba tanto, que bien hayan la "Mariblanca" y la "Salud", si no derramaban aquellos lindos ojos más agua que entrambas famosas fuentes.

Cada vez que nuestro hombre se hartaba de la carne ajena, o se le indigestaba, volvía a la paz de su nido, en donde al fin era perdonado más por resignación que por sinceridad.

MORLANO

Fué el caso, dispuesto por el enemigo malo, que no duerme, que en una de estas andanzas, topó la hembra con un mozalbete a quien pareció bien, y en dos palabras, como la tal estaba hambrienta de cariño, dióle, con la limosna de su amor, la opulencia de su cuerpo.

El mozo supo trabarse muy bien en aquel encanto de carne morena, y lo que tomó como recreo del gusto, llegó a serle tortura y pesadilla constante.

A tanto llegaron, que él se dió maña para entrar en la casa con pasaporte de amistad refrendado por el marido; pero con tal insistencia, que éste, aun pareciendo tierra abonada para mangos de cuchillo y peines de asta, comenzó a entrar en sospecha y determinóse a calarles.

Tenían ellos por costumbre de reunirse para sus cabalgatas en cierta manfla o mancebía, que todo es lo mismo, de la calle de las Huertas; súpolo o sospechó el canallesco "oislo", y una tarde en que muy ansiosos y amoriados estaban sobre sí, héteme que se presenta el hombrecillo en la casa, y echando denuestos y porvidas, y con la espada en la mano pretende asaltar el aposento. La mujer, que le advirtió por el timbre de la voz, turbóse toda, y exclamando llena del mayor espanto, como quien tan de cerca veía el horrible fantasma de la Muerte: —"¡La Magdalena me valga!"—, cubrióse con la sábana, como si la blanca tela fuese coraza invulnerable contra todo golpe.

Saltó al fin la cerradura, y en el quicio de la puerta apareció la salvaje estampa del ultrajado... Pero aquí del poder divino... Al vengador de su honra se le cayó la tizona de la diestra, y el hombre se hincó de rodillas junto al lecho en donde pensó hallar su honra amortajada y aun podrida.

Abran los ojos de la fe los incrédulos y alaben a Dios y a sus santos cuantos comulgan en nuestra sacrosanta religión...

En la cama, muy estrechamente rebozada con el galán burlador, estaba [illegible] María M[illegible], toda patitendida y destapada. Un nimbo celestial circundaba el interesante grupo, y un querube rubio y rollizo velaba a los pies con una antorcha encendida...

Apenas el bellaco del marido se repuso de la fuerte impresión recibida, dió a correr, gritando:

—¡Milagro!, ¡milagro!... La M[illegible] ha dado la vida a mi mujer y a mí la honra que ya miraba más perdida que la armada del turco en Lepanto.

* * *

Muy bien pareció a la linajuda dama el milagroso portento y aun dióle mucho que reir.

Entre su excelencia y el capellán del monasterio suscitósse una curiosa disquisición sobre si la santa penitente anduvo o no un tanto maestra en tercerías amparando aquel amancebamiento, y en prueba de que el amor clandestino en todas las épocas y en todas las esferas tiene prosélitos, arguyó el capellán que, en los mismos [illegible]nes del Señor, andan gozques a las sobras y no son mirados con enojos, que aun parece que forman una parte indispesable del culto, que convento sin [illegible]nes de monjas, parece tan insulso como huevo sin sal.

—Y a este efecto—dijo el buen clérigo—, quiero leerles, si me dan licencia para ello, un curioso episodio de mis años juveniles, porque en ello vean vuesasmercedes todo el proceso de tan piadoso menester. Mucho tiempo ha que yo lo escribí, que todavía faltábanme un lustro y dos años para recibir las primeras órdenes, y no parece que fué ayer cuando saliera de los puntos de la pluma, que un cronista de hoy no lo escribiera con más verdad.

—Lea, padre, que ello, siendo de quien es, aunque no tuviese otro mérito, nos congratulará a todas—exclamaron a un mismo tiempo dos o tres garridas [illegible]res, que en el siglo, se tiene por cosa segura que lo fueron más de dos veces.

Y sin hacerse esperar más, el capellán metióse la diestra en la sotana, hasta

llegar a los desvanes del recio coleto de ante, y sacó engafado entre los dedos unas hojuelas de papel amarillo con más dobleces que espaldas de palaciego, y desdoblándolas con mucha parsimonia, leyó así, con voz recia y entonada:

GRATOS RECUERDOS DE MI MOCEDAD FLORIDA, DE CUANDO FUI [illegible] ¡DIOS ME LO PERDONE!

¡Oh, sagrado recinto! ¡No sé cómo hay quien pasa ante tus muros sin descubrirse y cruza la florida verja de tu atrio sin hacer genuflexión extremada!...

Yo de mí sé decir que no puedo ni siquiera nombrarte, sin que una sensación mística me bañe el ánima de plácida alegría y me pinte el rostro de seráfica palidez.

El aroma de leyenda que te envuelve, enerva los sentidos y adormece el pensamiento en tan dulcísimo éxtasis, que tanto agradeciera no tornar de él, como al cabo de mis días lograr la salvación del alma.

Aun se me acuerda de cuando era muchacho, y todas las mañanas, llevándome mi abuela asido por la diestra, acudía a oir devotamente la misa de nueve, que en la capilla del Carmen decía el reverendo padre Germán, de la venerable orden de Predicadores. Pacientemente solía yo estar atento a la santa ceremonia, que en toda ella no era atrevido a ponerme en pie, sino era al Evagelio, pero con todo resentíase un tanto mi natural revoltoso y aburríame algo, porque el oficiante, con tanta fe solía tomarlo, que pienso que más de una vez se quedó [illegible] teniendo entre los dedos el santísimo cuerpo de Cristo hecho especie.

Más agradábame la misa mayor (adviertan qué simpleza de muchacho), porque, como era cantada y oficiaban en ella tres curas, sacristán y monacillos, entendía yo que sólo ella era digna del Altísimo, y que las otras más modestas eran misillas de poco más o menos, propinas a la servidumbre de la Corte Celestial, como si la Casa Divina pudiera ser como la de nuestro amado monarca (q. D. g.), hervidero de favoritos, cortesanos, pajes, dueñas, mozos de retrete, azafatas y bufones.

No me placía de esta misa cosa alguna tanto como la voz suave y engolada de las monjas, y así procuraba retener a mi señora abuela después de las nueve para dar lugar a estotra.

Mis ojillos sutiles escudriñaban al través de las celosías hasta parar en las blanquecinas siluetas de las religiosas, y lo mimo era escuchar el levantado murmullo de las que iban penetrando en el coro, que ir yo conociéndolas por el metal de la voz y sabía cuál era la que desafinaba en el "introito", cuál la que se entonaba al alzar, y cuál otra la que daba una nota prolongada como un suspiro de desmayo al "Item misa est".

En fin, que por el metal de la voz de cada una, hubiese reconocido a todas las profesas de este monasterio (que este mismo era), entre todas las de la cristiandad.

Hoy, que soy talludo mozo, hartas vces profano con mi presencia la seráfica paz de estas naves venerandas, y, como cuando muchacho, (perdónemelo Dios, que así la divina gracia séame propicia como que lo hago sin darme cuenta), torno la espalda al San[illegible] y escudriñó ávidamente las siluetas blancas, que de vez en vez alegran la tiniebla del coro...

Yo, imagino que entre aquellas inmaculadas tocas hay un corazón joven, que late por un amor de la tierra; un corazón aprisionado allí por conveniencia egoista o por un cerebro vehemente y enfermo que en el dolor de un desengaño marchitó la flor de su vida. Búscole yo desde fuera todas las tardes. Me instalo al pie del coro y en lo más recóndito de mi magín persigo una idea pura como una estrofa de la virgen de Avila y sin permitirla que descienda a mis pecadores labios, hágola subir como una nube de incienso hasta la cornisa que mantiene la celosía, y tamizándose por los compactos hierros se esfuma, se pier-

de por entre las severas tocas hasta llegar al corazón doliente y joven que late por un amor de la tierra.

En pocas palabras, que sin darme cuenta, soy galan de monjas y, si vale decir verdad, ni me pesa de que me lo echen en cara, ni me duele el declararlo."

* * *

Todos celebraron con mucho regocijo la relación monjil de su paternidad, la cual bien echábase de ver que estaba compuesta por hombre que había pasado por ello.

Aun hubo de ellas quien se relamía y suspiraba por asistir al coro, para ver si los galanes que abajo en la iglesia retorcianse los bigotes y limpiaban los gargueros a golpe de tos, eran de la estampa y el garbo que había descrito el señor capellán.

Otras mil cosas más se contaron de peregrinos nuevos acaecidos a gentes de hábito y sotana, que son personas de buen humor, como quien tiene resueltas todas las ordinarias dificultades de la vida, y acabó la visita poniéndose como adecuado colofón este soneto, que una de las madres dijo habérsele compuesto cierto poeta, al garbo de cierto lu que ella guardaba muy escondido, pero, que fué en tiempos, la cosa más conocida de la Villa, tanto, que desde lejanas tierras llegaban romeros para tocar reliquias en él.

Y dijo así;

¡Oh, pecador mar! ¿Cómo has querido
ser paje de cortina en tal entrada?
¿O es que por dicha tan grande la soldada
que compense el vivir tan escondido?
Mil veces al mirarte retirado
en parte tan recóndita y secreta
allá, para mis solas he pensado
si serás narcico anacoreta.
Humilde estás, ¡por Dios! en demasía
pudiendo presidir como regente
donde todos te hicieran pleitesia...
¿Es posible que no te preocupe
servir de paje a tan cochina gente
que al entrar, da, y al salir , pe...?

De casa de su excelencia, como ya era tarde y la noble dama no había por costumbre de estar fuera después de las oraciones, enviaron a buscarla con el coche de su sobrina.

Despidiose con mucho afecto de las regocijadas madres hasta el jueves siguiente y diz que durante toda la semana estuvo añorando la tarde de este día.

## VISITA TERCERA

Y por no hacerte esperar, descontentadizo lector el espacio mortal de ocho días de Julio, refiriéndole durante ellos vidas y milagros de las seráficas profesas, quiero que pasemos al jueves prometido en que la piadosa marquesa de Arnedo, entrose por las arcadas del claustro, muy acompañada de sor Andrea del Perpetuo Socorro, rubia como el sol, que tenía por patina de sus lindas facciones un suave tinte de melancolía que dábale todo el aspecto de una virgen de retablo, de estas que son más veneradas y admiradas por haber salido de las manos de magistrales imagineros que por el mito y devoción que representan.

—Busquemos el grato cobijo del olmo que nos valió la otra tarde por dosel

JUAN
ESPLANDIU
1924

de vuestras vidas—decía doña Mayor, y como habíase aprendido el camino muy bien, se encaminó hacia el apetecido lugar.

—Vea señora,—decía la linda madre que por aquella tarde habría de satisfacer la curiosidad de su merced, que mi vida pasada harto poco tiene de alegre, porque hube de cruzarla, como aquel que dice, con los ojos cerrados y el corazón en paz, pues que viví más con el alma que con el cuerpo, y puse la fe que ahora es consuelo de mi pena en el tardío amor de un hombre, que habiendo sido creyente y arrepentido con otras mujees dió en se incivil y cruel conmigo. Dios se lo premie si al topar con él, fué para atraerme al amor de Jesucristo, aunque a decir verdad, ahora que estamos solas y nadie nos escucha, pienso que al amor humano no hay divino que valga a quitarle la vez.

## DONDE SOR ANDREA DEL PERPETUO SOCORRO CUENTA LA DOLORIDA HISTORIA DE LA SEÑORA BLISARDA, QUE POR UN DESENGAÑO DE MARIDO SE ENCERRO EN LA PAZ DEL CLAUSTRO

"Pienso, señora, que entre las historias que vuecelencia, de todas nosotras tiene oídas, y aun de las que le contaren fuera de este lugar, ninguna habrá oído tan sencilla y desnuda de picardías y azares como esta que va a saber de aquí a un instante..."

"Bien puedo jurarle sin que ello le parezca figura retórica, que ella es como el río "Guadiana", del que dicen, que camina siete leguas por debajo de tierra, y sin duda, que a pesar de este ignorado camino, siguen sus aguas tan caudalosas en el reino e las tinieblas como suelen ir a la luz del sol.

"Sepa, señora, que aun no habrá un lustro que soy casada, legitimamente, como manda la Santa Madre Iglesia, pues para mayor tortura de mi pesadumbre, todavia quiere el cielo que viva mi marido.

"En mis peregrinaciones por los caminos del Mundo, pués sepa, señora, que fuí comedianta y no de las peores; muchos tropiezos y descalabros sufrí con la deidad sin ojos, pero, en ninguno caí, que si advertía peligro inminente, luego con mucha discreción sabía apartarme, pues bien se me alcanzaba que son las cómicas como acericos de las pasiones, en los que todos creense con derecho a hincar su alfiler..."

"Mequetrefes que comienzan la vida, mozos que la andan y viejos que la dejan tienen afición a la carne de tablas; los unos, por vía de ensayo; otros por accidente, y los últimos, por retiro; pero, muy pocos, aunque algunos se dán, por verdadero amor, y así, si a todos dí oídos, es lo cierto que a ninguno le concedí cosa que valiese más allá de un pellizco.

"Mis aposentos de la casa y del "corral", eran como mares de presentes, endechas y madrigales de mi corte amatoria.

"Los regalos valiosos teníales ordenados con el nombre del cortejo que me le había enviado por saber en cuánto me estimaba el que me le enviaba.

Tal había, que daba por mí una fortuna, y al despedirse largábame la mano, con miedo, recelando de que pudiese quedarme con ella.

Muchos decíanme: —¡Cuán bien sentaría una corona en esa cabeza!

Mas ninguno: —¡Qué justo entraría un anillo en ese dedo!

Todos preguntábanme cómo había pasado la noche, del día no se ocupaba alguno.

Las endechas y los madrigales, sin darles más importancia que a las joyas, concedíales más simpatía, porque ellos, llegaban a mí como mieles de ingenio, y en el ingenio, digo yo que tiene tanta parte el corazón como el pensamiento, y savia de entrambos llevan las cosas que se dicen y las penas que se lloran.

Un hombre hubo, sin embargo, que consiguió entrárseme por los umbrales del alma, y es la verdad, que apenas si él puso gran cosa de su parte.

Era galán por todo extremo, de apostura muy bizarra. Contaban de él cada

día mil hazañas galantes, por las que se demostraba que era gran maestro en la deleitosa Orden de Cupido.

—Más lágrimas de mujer y desesperaciones de padres y maridos tiene costado ese hombre—decían—que enemigos tiene el Conde-Duque...

Hartas veces díjome galanterías, pero nunca ahondando bastante, que como hombre experto que debía ser en estas lides supo preparar las cosas en forma tal que fuese yo misma quien me clavase.

Comencé a tomarle afición y ya no hubo para mí presentes ni versos que me diesen gusto, y a tres veces que me habló le dije "quiero", con todas las veras de mi alma, y en la primavera de aquel año, durante una salida farandulesca que hicimos por tierras de Andalucía, quedó nuestro amor santificado en los altares.

Parecíame sueño que aquel hombre tan galán y tan buen mozo, que pudiera valer en la Corte como figurín de lindos y almibarados galanes viniese a ser de mi exclusiva pertenencia.

Llegó la noche, señora mía, y toda la gentileza y el buen parecer se fueron en salvas... que de todas aquellas fabulillas y leyendas amatorias que decían, sin duda que no quedaba aroma para mí.

Cumplió mesuradamente con la entrada de rigor, sin hacer muchos extremos y soltándoseme de los brazos tornóse hacia la pared y de allí a diez minutos roncaba como pudiera hacerlo un mozo de mulas.

Disculpele como pude aunque mala disculpa tenía, achacándolo a que las copiosas libaciones que hubo de hacer durante la comida acaso habrianle quitado arrestos, y así pensando queriale más que a las niñas de mis ojos. Cuando el alba se entró por las vidrieras del aposento yo incorporada en la cama, mirábale llena de ilusiones para la próxima noche y le besaba en los ojos, Pero, ¡ay!, señora mía, que de esta mala conformidad siguió este pecador los ochos mortales meses que llevamos de matrimonio, que ni aun mostreme con fuerzs de esperar hasta los nueve porque en buena ley de Dos no había para que...

Toda aquella aureola con que se me apreció mi Don Luis,—que así se llamaba,—esfumose sin dejar el menor rastro.

No es decir que fuera de la indiferencia que había para mi garbo diérame mala vida. El, holgábase mucho con tener esposa tan gallarda, ya que donde quiera que me presentaba alzábase un murmullo de admiración. En fin, que vine a maridar con un hombrecillo de esos que se pagan más de que su mujer parezca bien a los ojos ajenos, porque digan que tuvo buen gusto y cuentan como es por dentro por si se ofrece un goloso que quiera pagar algún bocado.

A tanto se atrevió el pecador, con un marquesote que gustaba mucho de mí y le ofreció no reparar en el precio, pero, así como yo me dí cuenta del trato y no fué tardando mucho, porque él no desperdiciaba ocasión de hablarme del aficionado a mis pares, diciéndome que no más de que con que yo le consintiera un poco podríamos hacer la felicidad para el resto de nuestros días, despedile violentamente de mi lado, pero fué tan ruin, que ni sabiendo cuanto le despreciaba quería apartarse de mí por no dejar de machacar en su tema, vale que Dios parece que se compadeció de mi y me lo arrebató de allí a pocos días por rufianesca industria del mismo con quien quería procurar su negocio y mi deshonra. ...

Perseguían al tal marqués para quitarle la vida—y és estaba advertido—unos ruflanes pagados por cierto poderoso enemigo suyo. La cosa había de ser a las nueve de la nöche, ora en que el prócer salía de Palacio, pués ha de saber vuecelencia que era gentilhombre; junto a la iglesia de Santa María en el lugar que llaman "Camarín de la Virgen". En todo Madrid conocíase a la víctima propiciatoria por su magnifica capa azul que era un verdadero modelo entre las de su clase, con haber tantas como hay en la Corte. Pensando el tal que aún le sucedería mejor conmigo y saldríale el negocio más económico si mi marido se

quitaba de delante, miró a deshacerse de él, poniéndole como cebo a los malandrines.

Mandóle una noche que le estuviese esperando en la puerta de Palacio para entregarle cierto dinero, que parece que le pidió por vía de adelanto en la comisión de mi venta, y así lo hizo el cuitado sin advertir que no a otra cosa que a la muerte era a quien esperaba.

Salió el marqués a la hora en punto que tenía por costumbre, muy bien acompañado de pajes y escúderos como solía. En la misma puerta tras hablar un poco con uno de ellos, les despidió encargándoles mucho que dejasen de hacer lo que les tenía encomendado. Tras esto salieron entrambos y como anduvieron algún poco, antes de llegar al lugar del peligro, del que mi marido estaba inocente, dióse maña para que trocaran las capas y hacerle caminar delante... No hizo el triste más de llegar al sitio de peligro, cuando saliendo del escondrijo de una potérna del palacio de Eboli, dieron sobre él clavándole como si fuese un acerico le arrancaron la vida. El marqués que estaba alerta comenzó a dar voces y aparecieron entonces los criados que ya tenía advertidos, echaron tras de los criminales logrando dar caza a tres de los seis que eran.

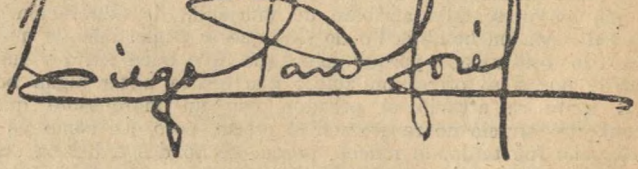
De esta manera vine a quedar viuda y desenrrufianada...

A este tiempo ya había anochecido y dióse por finada la conversación.

Uniose la comunidad entera con el capellán a la cabeza para despedir a la alcurniada y curiosa visitadora y como en procesión salieron todas las madres dándole escolta hasta la misma puerta de la clausura.

Y dando la mano al avellanado rodrigón que en aquel lugar la esperaba, salió su excelencia en busca de la litera que de allí a poco habría de dejarla en su magnifico palacio de la calle de las "Carretas".

Y con esto, lector amigo, aquí dá fin este pobre relato de unas vidas femeninas, esclavas como todo mortal de las exigencias de la carne, que por haber sufrido más averías en el ánima que en el cuerpo, recogiéronse a la paz de un claustro, donde todo quedó encubierto por la [illegible] de unas tocas...



**AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:**

**República Argentina: ANTONIO MANZANERA.**-Independencia, 855.-Buenos Aires.

**Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.**

**Guatemala: DE LA RIVA HERMANOS.**—1.ª Avenida Sur, n.º 8.—**Guatemala C. A.**

**PRENSA POPULAR.**—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8.008.

**lo mejor.** La ciencia tiene demostrado que la caída del cabello es debida generalmente a enfermedades de las raíces capilares y bulbos. La Flor de Oro, evitaréis esas enfermedades y tendréis la cabeza y el cabello sanos y aéris su color.—Se vende en las droguerías y perfumerías.

# P. LAHOZ

) de ley (Poemas).

de sana poesía a través del pasa un soplo de Naturaleza y Virilidad. Primorosamente editado. CUATRO pesetas.

CURIOSIDADES MATEMÁTICAS

Brujerías de los números, adivinaciones, ingeniosidades. DOS ptas.

idos a PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8.008.

# EL FOLLETIN

HA PUBLICADO AYER VIERNES

## *La sonata de Kreutzer*

POR

LEÓN TOLSTOI

**132 páginas.** **40 céntimos.**

## *La novela* TEATRAL

publicará mañana domingo
el drama en tres actos,

# "NO MATARAS"

original de

**A. Vidal y Planas y A. Valero Martin.**

**30 cts.**

El que quiera pasar un buen rato,
que le salga, además, muy barato,
que se vaya a un kiosco en seguida,
y al que vende periódicos pida

LA PARODIA DE

# "EL HOMBRE QUE RIE"

titulada así:

# "El hombre que fríe"

La escribió

## Adolfo Sánchez Carrere

para ver si es verdad que se muere,
según dicen, la gente de risa.
(Al que muera le ofrece una misa
para eterno descanso del alma.
De este modo, si algún lector "palma"
no podrá formular ni una queja
por la pérdida de la "pelleja".)
Quien no muera leyendo esta historia,
estará por un rato en la Gloria,
pues es cosa segura que ríe
con la gracia de

# "El hombre que frie"

en la que

## Adolfo Sánchez Carrere

a probar viene a aquel que leyere
que si el "amo" aún a ser no ha llegado,
de seguro que es ya el "encargado".

APARECERA EL DIA 19 DE OCTUBRE

**PRECIO: 50 CENTIMOS**